



Álvaro Villarrubia. *Indicios de arrepentimiento* (1994).  
Fotografía sobre papel. 60 x 40 cm.  
Colección particular. Madrid.

# Navegar, navegar

PALOMA OLIVIE

*"La volonté individuelle est le mythe d'un autre âge ; une race usée par la civilisation ne peut croire dans la volonté"*  
Drieu La Rochelle



o quería esa letra porque le daba vergüenza hablar de amor. Para que la aceptara tuve que explicarle que se trataba de un homenaje a Baudelaire (*"Les nuages, les nuages..."*). Bastó ponerla bajo la advocación de alguien a quien consideraba chic para que la imagen le pareciera valiosa, aunque no dejó de reprocharme durante días que aquella baladita iba a arruinar el disco. Cuando empezamos a escribir la siguiente canción, para congraciarme, le pasé un papel con una frase: *"no quiero que me beses, quiero que me pegues"* que le pareció estupenda. Sin embargo, a pesar de lo divertida y bestia que salió aquella otra historia de amor S&M, luego, cuando llegó el momento de hacer descartes, prefirió quedarse con *"Arena"*. Así era Carlos o, al menos, así le veía yo; escondía su inmenso corazón para que no se lo destrozaran, pero también sabía ser el más desdeñoso si le atacaban o, simplemente, si le apetecía.

La última vez que nos vimos me dijo *"escribe sobre nosotros"*. Un rato antes habíamos tenido la primera discusión seria que recuerde de todos nuestros años de amistad. Yo todavía creía en la voluntad por encima de todo y fui muy dura con él. Carlos se limitó a aguantar el chaparrón sonriéndome de un modo muy dulce, que es como le veo ya siempre que pienso en él, me abrazó y me lo dijo al oído, *"escribe sobre nosotros"*. Nos despedimos con una tristeza que presagiaba lo peor; de hecho, la siguiente vez que me reuní con él fue para llevar a su tumba unas rosas del jardín de mi casa, donde tantos buenos ratos habíamos pasado.

Sé que la imagen de un Carlos Berlanga rural puede chocar a más de uno, pero a Carlos el campo le encantaba. Aunque al principio la idea no le hizo mucha gracia, le obligué a subirse a un caballo y recorrer conmigo los prados recién segados, le propuse que me acompañara a visitar una tienda de tractores donde lo pasó en grande, y le pedí que me echara una mano recogiendo del huerto frambuesas y verduras que luego cocinábamos. Doy fe de que hacía todo ello muy bien. El mundo que yo le



**Carlos Berlanga**

Sin título (1993)

Técnica mixta sobre papel. 21 x 29,7 cm.

Colección particular. Madrid.

había descubierto, el agro-hobby, podríamos llamarlo, le permitía explorar terrenos nuevos. Como todos los años en la temporada estival solían desfilar por casa antiguos compañeros de clase de distintas nacionalidades. De día se unían a las tareas que hubiese en esos momentos en el campo y, a partir de la puesta de sol, duchados y planchados, organizábamos un festival de música, copas, baile, y charla hasta bien entrada la noche. Modestamente, pienso que entre aquellos extranjeros que no conocían su historia personal, Carlos se esponjaba, libre de clichés y sobrentendidos. Estar entre gente a la que conquistaba por lo encantador que era como persona, en lugar de impresionarles como personaje, le hacía mucho bien. Como los niños prodigio de Salinger, Carlos oscilaba entre las ganas enormes de ser uno más y la manifiesta imposibilidad de conseguirlo. Rodeado de desconocidos amistosos, su ser más espontáneo surgía libre y confiado y ello se traducían después, cuando los invitados ya se habían marchado, en una creatividad desbordante: música, letras, dibujos, relatos. Parecía que a los días les faltaban horas para todo lo que quería hacer.

Aquel verano concebimos la idea de fundar una editorial para escribir canciones. Nos obsesionaban por cursis y facilonas las letras del cantante de moda. Con lo buen músico que es, nos decíamos, alguien debería hacer algo con esas letras. Nos parecía, quizás con la soberbia de quien sólo está jugando, que podríamos escribir algo potente para él, aunque fuéramos conscientes de que eso sería lo último que querría aquel compositor e intérprete de éxitos internacionales. Reescribir por completo el cancionero de aquel triunfador popular nos deparó momentos fabulosos. Aún hoy, cuando escucho sus canciones, no puedo evitar canturrear por encima las letras procaces que se nos ocurrieron.

Al atardecer preparábamos cócteles y leíamos en voz alta **El fuego fatuo** de Drieu La Rochelle, y los **Diarios de Dalí**, a quien él apreciaba mucho más como escritor que como pintor. Siempre creí que Carlos terminaría dedicándose a la literatura; escribía mucho mejor que bastantes autores que pasan por geniales. Me consta, porque también inventamos el pasatiempo de que cada uno escribiera el supuesto diario del otro. A menudo los ataques de risa que nos producía el resultado rozaban la apoplejía. Para el humor y para el juego no he conocido a nadie igual. Creo que lo que nos unió fue precisamente eso, las pocas ganas de ser adultos al uso, de ahí la permanente “brincadeira”. Una escuela de modelos de pasarela en la pequeña aldea vecina, por ejemplo. Cuando me expuso su plan me lo tomé como una gansada más de las muchas que intercambiábamos, pero un domingo tomábamos unos vinos en el bar del pueblo y él empezó a hablar con la gente joven que se reunía allí para jugar al fútbol y a las cartas y les convenció para hacer un casting sobre la marcha. Algunos de los presentes, hoy responsables ciudadanos, todavía me recuerdan aquel buen rato que pasamos transformando una pequeña tasca perdida en medio de la montaña en un palacio donde los sueños podían ser tan altos como nos apeteciera. Creo que de todas las misiones que un artista puede proponerse, favorecer los sueños propios y ajenos es de las más decentes y en eso Carlos Berlanga era el rey. “*Soñar es lo más barato*”, repetía una y otra vez.

A menudo he pensado que los indicios que buscaba en aquel momento de su vida se parecían a lo que deseaba Pepe Isbert cuando interpretaba al alcalde que espera a Mr. Marshall. Algo, un pequeño milagro, una oportunidad, un empujón para que la vida de todos los días se convirtiese en algo parecido a las fiestas en el Florida Park de los tiempos gloriosos. Resultaba difícil sentirse afín a Everything But The Girl entre personas que hablaban a todas horas de política regional y de fútbol en los términos más agresivos y groseros. Era frustrante ver cómo en España los molinos nunca llegaban a ser gigantes. Por eso el sueño, el juego, y el escapismo. Por eso su negativa a volver a subirse a un escenario.

Terminado el disco y grabada la maqueta, Carlos organizó una reunión con un productor. Nos enviaron un coche de la discográfica. El ejecutivo fue muy atento con Carlos, aunque noté que le hablaba con un tono condescendiente que a él, aunque hacía esfuerzos para contenerse, le fue irritando más y más. A lo largo de la conversación, el productor iba poniendo cortes que escuchaba con atención y entusiasmo de fan para, enseguida, opinar que daría un directo fantástico y que lo importante, antes de firmar nada, era planificar una gira y una serie de entrevistas. En un momento dado dijo como de pasada que a alguien en la situación de Carlos le convenía aparecer mucho en la prensa antes de que el disco se pusiera a la venta. *“Al fin y al cabo, aseguró, tienes treinta y cinco años y la gente joven no sabe quién eres, pero no te preocupes, te organizaré una buena promoción”*. Nada más oírlo, Carlos se puso en pie, le miró, me miró y dijo secamente, *“no hay promoción”*. Luego se dio la vuelta y salió del despacho.

Desconcertada en aquel mundo extraño en el que yo entraba por primera vez, le di las buenas tardes al ejecutivo y salí trotando detrás de Carlos. Por supuesto, ya no había coche de la empresa que nos transportara, de modo que pedimos un taxi y, en el camino de vuelta ninguno de los dos dijo una palabra. Por fin, horas después, me atreví a preguntarle qué le había pasado en la oficina. Para mí su actitud era la propia de un divo malcriado; por su culpa acababa de perder un buen contrato y la vuelta al mundillo de los músicos en activo. Así se lo dije, con todo el tacto del que fui capaz, que nunca es suficiente cuando uno se relaciona con genios. *“Yo no soy una madre española”, dijo. No soy de esas buenas mujeres que pasan la mañana asando un pollo y luego, a la hora de comer, le ceden la pechuga y los muslos a su marido y a sus hijos a la vez que proclaman que ellas con una alita se conforman. ¡No!, yo no soy así. Quiero componer en mi casa, escribir las letras en la tuya, grabar en el estudio y salir pitando para la Costa Azul. Eso es lo que yo quiero. Y mis derechos de autor, ¡claro!”*. No pude evitar soltar una carcajada, pero le di la razón. En cualquier otro país alguien con el historial que Carlos llevaba a sus espaldas podría haber pedido lo que ahora reclamaba y lo habría obtenido en el acto. ¿Por qué escribir, componer, pintar, dirigir películas y no ser considerado un mamarracho cuesta tanto en nuestra tierra? Lo ignoro. Lo que sí sé es que aquel día pasé en el acto del enfado a la comprensión absoluta. A cambio obtuve una historia.



**Carlos Berlanga**  
*Muchacha de espaldas* (s/f)  
Lápiz sobre papel. 21,4 x 12 cm.  
Colección particular. Madrid.

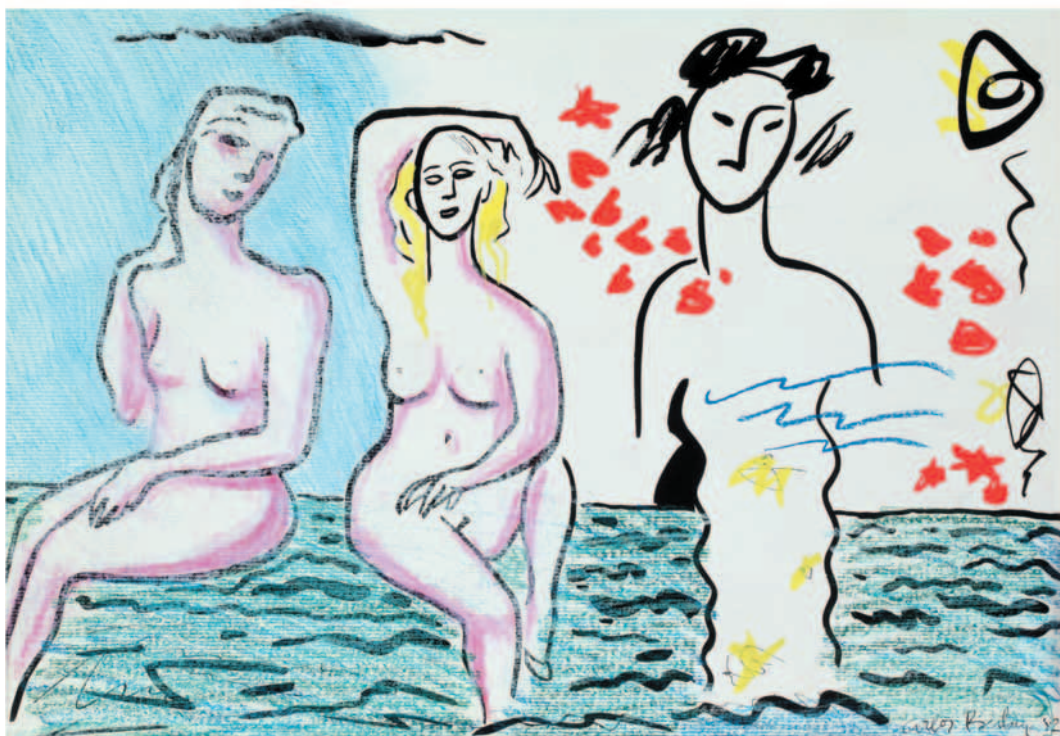
Trataba sobre los viajes en furgonetas incómodas hasta pueblos donde todas las pensiones se llaman Plaza y todas las cafeterías Nebraska. Carlos me habló de los villorrios por los que deambulaba las horas previas al concierto, generalmente seguido por bandadas de chiquillos que le dedicaban los epítetos más ofensivos de la lengua castellana; me describió los bares que olían a lejía y en los cuales el sonido de las máquinas tragaperras podía llegar a volver loco a quien se viera obligado a escucharlo durante las horas y horas en las que había que esperar a que probaran luces, o se llenara el polideportivo. Imitó a los críticos que le ponían a caldo por ser apolítico, por pintarse las uñas, por esconderse detrás de la guitarra cuando actuaba. Parodió a los periodistas enteradillos que le hacían siempre las mismas preguntas vulgares creyéndose a la vez los más originales. Se lamentó de que los fans que se le acercaban buscaran publicidad en lugar de fiesta y, sobre todo, me aseguró que, salvo cuatro gatos, su música no la entendía nadie. Él se sentía como Tom Jobim en la Avenida Atlántica, pero a su alrededor todo era Niterói.

No podía más, me explicó y, lo hizo con tanta sinceridad y buenas razones que, desde entonces, cada vez que he tenido que enfrentarme a situaciones parecidas, de esas en las que nos obligan a renunciar a quienes somos en aras del sentido común, he repetido para mis adentros a modo de talismán aquella frase de Carlos: *“no hay promoción”*. Aprendí mucho de él: su dadaísmo a la hora de extraer significados útiles de fuentes tan opuestas como puedan serlo la **Biblia** y el **Hola**; la determinación con la cual defendía su obra frente a todo y a todos; la fidelidad a su imaginario particular —¡cómo disfrutó en Río de Janeiro cuando viajamos allí con Enrique y con Chico!—; la caballerosidad y el cariño con los que siempre me trató. Más que a un amigo, a quien añoro permanentemente es a ese hermano de espíritu con el que compartí momentos tan felices.

Hoy, cuando paseo por las calles del barrio donde ambos crecimos, su recuerdo me llega desde las imágenes de señoras elegantes que pasean a sus perros al atardecer, desde la música de los pianos que alguien toca detrás de los setos bien cortados, desde los libros que los adolescentes provistos de buenas bibliotecas familiares tienen a su disposición, desde las fiestas en los jardines y las tardes de piscina y coctelera. Es una urbanización donde la gente se esconde porque esto es España y aquí pocos respetan la cultura no subvencionada. Creo que eso es lo que le faltó a Carlos, un poco más de respeto por lo que hacía y, sobre todo, por cómo lo hacía.

En lo que a mí respecta, siempre le agradeceré haberme abierto los ojos a una parte fundamental de la belleza del mundo. Ahora, tal y como me lo pidió, escribo aquí sobre nosotros, mientras el recuerdo de la mejor manera que sé: *“sentado en el tiempo, arena que cae, vaivenes en la esfera. Navegar, navegar...”*

Junio de 2009



**Carlos Berlanga.** Sin título (1992).  
Técnica mixta sobre papel. 34 x 49 cm.  
Colección particular. Madrid.